



CURIOSA FOTOGRAFIA DE S. S. BENEDICTO XV

HECHA A PRIMEROS DE AÑO, Y QUE LE DA SEMEJANZA CON LOS RETRATOS DE LOS ANTIGUOS PONTIFICES

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

 **CONTADO**

Pesos Centavos

 **6 . 10**

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extrema para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto,

¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

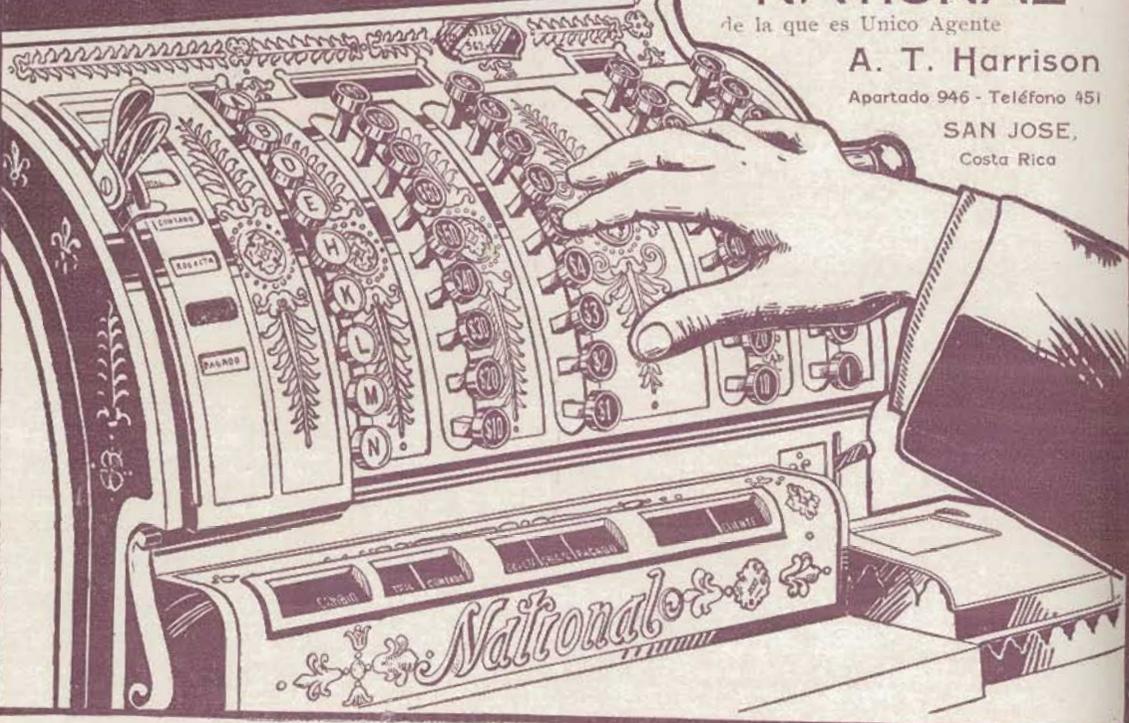
NATIONAL

de la que es Unico Agente

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 451

SAN JOSE,
Costa Rica



SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIUM

DIRECTOR: ANT. TIBERIO CERVILLA GARCÍA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

AÑO X

15 DE ABRIL DE 1915

NÚM. 132



Submarino alemán bloqueando las costas inglesas

A mi amiga Rosa de Espinas

No le importe lo que digan, el amor que es su vida, vale más que toda esa gente que tanto miedo le causa.

El verdadero amor, mi buena amiga, el que se asienta en el alma y de *cosas* del alma vive, el que ciega y enloquece, es fuente abundosa de felicidades.

Tiene usted un novio a quien ama: no piense siquiera en ese que le indican y le conviene.

La Especie Humana no tiene otro fin que perpetuarse, dejar algo muy nuestro en el mundo.

Y tenga en cuenta, amiga Rosa, que solo el amor hace este milagro.

Pues sólo del amor, del verdadero amor, del amor de dos locos de una misma locura, pueden nacer los hijos verdaderos, los que han de ser como el rezumo, la esencia destilada de dos cuerpos y dos espíritus conjugados.

Y sólo los hijos que se engendran entre explosiones de besos y llamas de pasión podrán ser nuestra huella; la señal de nuestro paso por el mundo.

Así, amiga Rosa, no piense en esa GENTE: la diferencia de posición social lejos de ser un obstáculo, debe ser una razón más, para que usted sea feliz y traiga al mundo seres felices.

Laborar por nuestra felicidad, es laborar por la felicidad de la familia, el bien de la Patria y el progreso de la Humanidad en suma, como familia máxima.

El mejor árbol es el que da mejor fruto.

Si los hombres que han creado esas leyes, esos ordenamientos de artificio que regulan el matrimonio, hubiesen pensado más en el amor y menos en la economía, tenga la seguridad que no habría tantos idiotas ni tantos degenerados en este mundo.

Huya de casarse por conveniencia, de dar al mundo hijos del deber, de esos que se engendran estando frío el cuerpo y el pensamiento perdido en lejanas añoranzas, ellos podrán tener forma humana, pero nada nuestro, nada de nuestras almas, nada de nuestros sentimientos.

Sembremos de flores, trayendo hijos sanos de alma y de cuerpo y no de guijarros, el camino por donde ha de discurrir la humanidad en busca de un progreso verdadero, que nos haga felices, asentando el mundo de la moralidad, sobre bases de justicia.

Juan de Nerja

Introducción al poema "Las églogas del corazón"

A la memoria de Charles Guerin

¿Has acordado tu alma al mugir del torrente,
al suspiro del viento y de la hoja al quejido?

Stuart Merrill

CORAZÓN: ya estás aquí a la sombra
del árbol corpulento que soñabas.
El susurro nostálgico te nombra
porque sabe de antaño que lo amabas.

Buscaremos, —amigo silencioso,—
alguna grieta que nos de su abrigo,
donde llegue el solcito milagroso
como un cordero que triscara el trigo.

Y oirás el ritmo de la vida intensa
que alegre corre en las cautivas cosas
y lleva el eco a la llanura inmensa
sobre un perfume de silvestres rosas...

Abejas y palomas en bandadas
recorren sus abiertas galerías
dejando en las penumbras olvidadas
el beso de sus francas alegrías.

Oh! Armonía de todo lo sencillo
que hacéis a las almas más hermosas...
CORAZÓN: baña entre su claro brillo
tus goces, y tus penas silenciosas...

Yo quiero que tú seas como la fuente
que se abisma entregándose al paisaje,
mientras borda en su seno reluciente
para todas las ribas, un encaje...

Arturo García Solano

¡Ensimísmate!

Una vez más

«Anda con cuidado, no sea que en puro ensimismarte acabes por enajenarte», me escribes empleando una antítesis de vocablos que yo te enseñé. Porque, en efecto, ensimismarse es meterse uno en sí mismo, y enajenarse es irse a lo ajeno, salirse de sí y en más corriente sentido volverse loco.

Nuestro señor don Quijote se ensimismó tanto en sus lecturas de los libros de caballerías que acabó «asimismándose», o sea atribuyéndose a sí mismo las proezas que allí leía. Y por este camino llegó a enajenarse, a entregarse a los demás, y buscándose a sí propio darse por entero en holocausto a los otros.

Tienes razón, mucha razón al decirme que el ensimismamiento es el camino de la enajenación; pero como nadie puede aspirar a vivir verdadera vida ni menos a sobrevivir verdadera sobrevida sino en los otros, enajenándose, de aquí que hay mejor que ensimismarse.

Cada uno de nosotros puede dar a sus prójimos sus ideas o sus actos, o su dinero; mas lo sumo que les puede dar, lo más precioso, es darse a sí mismo. Y darse a sí mismo es desnudarse el alma, poniendo a luz la intimidad de sus entrañas.

Pero ¿por qué repugna esto a tantos? ¿Por qué claman contra lo que llaman egoísmo? ¿Por qué piden tanta objetividad? ¿Por qué nos hablan del yo satánico, del yo presuntuoso, del yo insostenible? No es porque les moleste el yo ajeno, no. Es que les molesta el yo propio. Es que los egotistas no nos ponen delante, a la mirada de la conciencia, su yo, sino que nos ponen el nuestro propio y es éste el que no queremos ver. Es que el que se confiesa ante otro, de palabra o por escrito, le obliga al oyente o al lector a una

confesión propia. No les molestaría tanto a «esos» el que yo hable tanto de mí mismo si ellos fueran ellos mismos. Pero no lo son. O temen su «mismidad».

Al principio del capítulo XII del libro segundo de Samuel, se nos cuenta como Jehová envió el profeta Natán a David y le contó una parábola de dos hombres, uno rico y otro pobre, que había en una ciudad, y como el rico, que tenía muchas ovejas y vacas, para agasajar a un caminante, no mató ni guisó ninguna de ellas, sino que tomó la sola cordera que el pobre había comprado y criado y que creció con él y con sus hijos, y la mató y aderezó para el viandante. Y al oírlo, enfurecióse David, y exclamó que el tal rico era digno de muerte. Y entonces Natán le dijo a David: «¡Tú eres aquél hombre!»

Cuando ante la confesión de un egotista—que es su parábola suprema—exclama uno: «¡Esto es intolerable! ¡Hay que acabar con el yo!», oye al punto una voz dentro de sí, una voz profética que le dice: «¡Tú eres ese yo!» los que protestan contra el egotismo no es que no tengan muy despierto y tiránico su yo; le tienen; suelen ser, por lo común, los más grandes egotistas. Lo que hay es que estos egoístas ocultan y tapan su yo y se creen que por taparlo vamos a creer que se ha reducido, y cuando les ponen delante, como espejo, otro yo, ven el suyo propio, y al verlo ven que se lo ven los demás. Y el profeta Natán, enviado por Jehová, les dice: «¡Tú eres yo!» Y podría añadirles: Y el modo de curarte de ese yo es sacándolo afuera; pero sacándolo por dentro.

Sí; puede sacarse algo fuera por dentro. Se puede sacar algo—¿por qué no diríamos «aforarlo»?—adentrando-

lo. Porque el mundo todo, y nuestros prójimos y hermanos en él y con él, tanto como fuera están dentro nuestro y aún más dentro que fuera. Y el mejor camino para ir a las entrañas de mi prójimo es por las entrañas de mí mismo. Que somos a manera de castillos que se levantan, aislados unos de otros, en medio del desierto y hay de unos a otros senderos, además del ancho camino del cielo que nos cubre a todos y por donde podemos enviarnos unos a otros palomas mensajeras; pero esos senderos tropiezan luego con fosos y trincheras, y no es fácil forzar el puente levadizo del prójimo. Pero hay también bajo tierra, bajo la tierra común que nos sustenta y sostiene a todos, como el cielo a todos nos cubre, galerías soterrañas por las que podemos comunicarnos los unos con los otros. Y es más fácil entrar en lo más íntimo del castillo vecino por una de esas minas que no por el sendero a flor de tierra y mucho más que por el cielo.

El egotismo es una tierra común a los hombres todos. Sobre nuestros espíritus se extiende un solo y mismo Dios, vasto y azul; pero bajo nuestros espíritus se extiende un solo y mismo tenebroso Yo, un inmenso común Yo, que es un Nosotros. Y es más fácil llegar a nuestros prójimos debajo de tierra, por el Yo común, que penetrar en ellos por encima del cielo, por Dios.

El «ama a tu prójimo como a tí mismo» implica, de una parte, que uno ha de amarse a sí mismo, y precisamente de la manera como ha de amar al prójimo, y de otra parte implica un «conoce a tu prójimo como te conozcas a tí mismo», ya que sin conocimiento no cabe amor. Y cómo he de conocer al prójimo si no me conozco a mí? Y además, ¿cómo ha de conocerse él si no me conoce? Nuestro deber es, pues darnos a conocer unos a otros. Es el deber supremo. Y darnos a conocer por dentro.

Dicen que Diógenes, el Cínico, buscaba, con un farol encendido en la

mano, un hombre. Como hay que ir a la busca del hombre es llevando en los labios, descubierto y desnudo, el propio corazón. ¿Qué mejor farol? Y no lo descubre uno para que se lo vean tanto como para ver con él y para que, a su luz, nos veamos unos a otros y cada uno a sí mismo.

El egoísta es el que defiende y exalta sus intereses, sus cosas, no a sí mismo, no al yo que es, y el egotista es el que se defiende y exalta a sí mismo, al yo que es. Y si no es cierto aquello que sostenían los cándidos economistas de las armonías económicas de que quién defiende su propio interés defiende el interés común público, es, en cambio muy cierto que quién defiende su yo y lo exalta, defiende y exalta el Yo común; quién pelea por la majestad de su propia persona—de él, no de sus cosas—pelea por la majestad de la común personalidad humana. Y en tal motivo sostuvo muy bien Ihering que no hay derecho a renunciar al derecho. Como no hay derecho a desistir de pelear contra todo ataque a lo más íntimo propio, a la propia dignidad, contra todo lo que implique tratarnos con menosprecio o ligereza. Y entra en esto de atentar contra la personalidad humana, dirigirla a un hombre un ataque, sea el que fuere, sin darle la razón de él.

«Ten en cuenta—me dices luego—los móviles que se atribuirán a esa tu conducta.» He aquí una cosa que no se debe tener nunca en cuenta, y menos entre nosotros, con este pueblo que se cree avisado porque es suspicaz y malicioso y mal pensado, y sobre todo, cobarde. Y tú sabes bien que los cobardes, que buscan compensaciones a sus derrotas mediante la humillación de vergonzosas capitulaciones, y que llaman desdeñoso silencio a lo que es muy otra cosa, llaman a la defensa de la personalidad derecho de pataleo. Santo derecho, y gracia a que hay quienes sin hacer caso a ía voz hipócrita de la cobardía disfrazada de grandeza de ánimo y de desdén, ejercen ese santo derecho. Lo otro es cosa

de políticos de oficio, los más cobardes y los menos personales de los hombres, los más egoístas y los menos egotistas, los de mayor interés propio y los de menos yo.

Y es cosa curiosa el que se diga que hacen estragos los personalismos, precisamente entre esas gentes que son las que menos personalidad poseen. Y es porque se llama personalismo de egoísmo, al apego al interés propio y no a sí mismo. Porque hay entre esos quienes entregan su yo, su pobre yo, su persona, a cambio de cualquier ventaja externa; quienes dan el alma por la vida. Y de ellos cabe decir que no hay caminos soterraños, minas ocultas por donde entrar en el santuario de sus almas, en la intimidad de sus castillos; pero, en cambio, tienen tendido el puente levadizo y están sus puertas exteriores siempre abiertas, sobre todo el heraldo que lleva bolsa en la mano.

Sí; la gran lección entre nosotros, en este pueblo en que tampoco se respeta la personalidad, en que tan fácil y tan ligeramente se la desconoce—la de todos, la tuya, la mía, la del otro—, es la lección de la personalidad, de la «mismidad» si quieres. El que arma una chillería cuando le atropellan la dignidad personal labora por la digni-

dad de los demás. ¡No defender los propios derechos, no! Eso de los derechos está al alcance de cualquier abogado. Lo que hay que defender es la dignidad personal, y hay abogados, muy entendidos en derechos, que como carecen de dignidad personal encuentran naturalísimo el atropellar la ajena.

Y predicarse así mismo, predicar el desnudamiento y la expansión del propio yo es predicar y abogar por todos. Y además desnudar el propio yo es el mejor camino para desnudarnos de él, en cuanto esto es posible. Y desnudarse del yo individual es llegar al otro yo tenebroso, al colectivo, al común, a esa tierra sobre que se levantan nuestros castillos todos. Porque las cercas, tapias y setos que los deslindan y amojonan no bajan con sus cimientos hasta aquellos caminos soterraños que te decía. Cuando ensimismándote te adentras en tí mismo y avanzas por tus tenebrosas íntimas galerías del alma, no sabes cuándo has salido de tu subsuelo espiritual para entrar en el de tu vecino. Bajo tierra como sobre el cielo, dentro de tí como fuera de todos, es todo común. Ensimismate pues para enajenarte.

Miguel de Unamuno.

Las campanas

¡Cómo hablan las campanas de la iglesia al alma de este paisaje rural! Es un diálogo constante entre la torre que habla por las lenguas metálicas de sus copas volcadas—en eterno tributo de oración—y la paz somnolente de esta aldea que se recuesta al pie del monte, y que responde con ecos; es un diálogo que como el de dos enamorados cobra más interés en los atardeceres, a la hora del ángelus, cuyas notas se aduermen en las corolas que se cierran, en los caminos que se van aquietando, y en la esquila de

los rebaños que vuelven del campo, como una mansedumbre en viaje... Es un diálogo que sólo se interrumpe una vez al año, el Viernes Santo, cuando el sangriento dolor del Nazareno pone un nudo de amarga pesadumbre en la garganta de bronce de la torre parroquial!

Las campanas tienen un alma compleja que se satura de la nota triunfante en el ambiente que ellas dominan desde su altura y que interpretan con la misma fidelidad con que copia el estanque sus riberas. A quién de

nosotros no le han hablado alguna vez las campanas con ese lenguaje raramente simbólico que por extraño se graba tan profundamente en nuestro corazón? Quién no se sintió llamado como por una voz amiga cuando «en notas que cabalgan sobre el viento» nos habla la campana de la liturgia cristiana, que llora en sus resposos y canta en sus campanas? Y quién no se sintió invitado a meditar en la sombra que se acurruca medrosa al pie de los rosales, en el silencio que va poniendo su índice en la boca de todo lo que canta y en el recogimiento de las almas que sueñan cuando vibran los tristes dejos del ángelus que van como pardas golondrinas, de campanario en campanario, hasta que suena el toque del ángelus del siguiente día para ir a otro campanario más lejano, en eterna peregrinación?

Las campanas desde lo alto de sus torres están presidiendo la vida y marcando con sus toques las penas o los goces de una población que se apiña en la base de sus torres como en intento de piadosa sumisión.

Las hay grandes y su voz es ronca como la de un hombre; las hay pequeñas y su voz es fina como la de una mujer; y cuando cantan las dos que hay en cada torrecilla, una grave y otra fina, parecen dos hermanos que entonan en coro canciones aprendidas desde niños, para hacer llegar una caravana de recuerdos por la querida carretera de pasados días.

El campanero es quien conoce a fondo el alma profunda y varía de sus compañeras. Unido a ellas por las cuerdas que van desde sus manos a lo que debe ser el corazón de las campanas, les dice que canten, que ríen o que lloren con ese lenguaje monosilábico que en los repiques parece un madrigal o una elegía...

Tin... tan..., tin... tan..., y el ambiente se va poblando de ecos tristes... cual si el sol, como una inmensa flor de muerto, se estuviera deshojando.

Para mí nada tiene como las campanas el prestigio de hacer vivir pano-

ramas antiguos de la niñez, lejanos panoramas donde cayeron los repiques que me llamaban a la misa del domingo con toda su tierna poesía rural, y que resucitan ahora al són de estos otros repiques que invitan a una misa más profana, que se va a escuchar con menos unción, en una iglesia que se roba la atención con sus custodias de oro, con sus altares riquísimos, con sus arañas lujosas...

Qué es lo que pone el último, el decisivo brochazo de quietud en la decoración de silencio del Viernes Santo? El tren, quieto, como un anhelo atado ante dos brazos que lo llaman? Los coches, como juguetes descompuestos olvidados en un rincón? No, son las campanas que se detuvieron de momento como un reloj al que le falta la cuerda y que al detenerse nos hace sentirnos muy en silencio, donde hasta nuestros mismos pasos disuenan, mientras se copian sus ecos en el fondo gris de las calles mudas, de la misma manera que cuando el tren se detiene y vamos conversando, tenemos que bajar el diapason de nuestras voces.

Y hay que oír las cuando resucitan: acostumbradas a contar la impresión que las domina, vuelven de su muerte el Sábado Santo con esa jovial alegría con que los pájaros huyen de la jaula, cantando a gritos su libertad.

Estas campanas de la iglesia tienen unas hermanas más pequeñitas, que cantan con una voz diferente, que no están tan alto y que no son por lo mismo tan adustas y tan serias, contagiadas de los hombres que toman la fisonomía de la altura que dominan: son las campanas de la escuela.

Y se nota aquí que acontece también a las campanas algo de lo que a los hombres. Aquellas de la torre que hablan por dobles, fueron hechas en la misma fábrica, en las mismas maquinarias, con los mismos metales y por los mismos obreros que estas otras de la escuela. Y son, sin embargo, tan diferentes. Estas tienen alma de rapaz y cantan como ellos. Cantan, y se mueve una tropa de estudiantes en

cuyas almas caen sus toques como voces amigas. Aquellas tienen alma de cura parroquial. Casi siempre lloran, se quejan casi siempre, y a sus toques se mueve la gran legión de los que van a ahogar en las iglesias, las voces de una duda que los atormenta bajo la luz del sol. Una habla de la niñez, del camino al porvenir, de los corazones a medio reventar, y la otra de los remordimientos, de las dudas, de los pesares. Y son las mismas, como son los mismos los hombres, formados del mismo barro, que mien-

ten, que inventan un mundo o un fenómeno maravilloso, que crean la suprema belleza o el dolor supremo, con la única diferencia de situación y de camino en la vida.

Las campanas realizan un alto ideal de vida: en la locomotora, en el buque, en el alto reloj público, son siempre como campánulas volcadas cuyos pistilos fecundan con el pólem de sus canciones, la mata de silencio que se eleva a su alrededor.

J. Albertazzi Avendaño



Grupo de excursionistas junto al cráter del volcán Poás

RECONCILIADOS EN LA MUERTE



Soldado alemán herido mortalmente, estrechando la mano de su adversario inglés, en el momento de exhalar el último suspiro

El único cuento de hadas

A mi amiga la señorita Mercedes Gstra,
con todo respeto y cariño

I

El crepúsculo primaveral se detiene en la ventana que mira al jardín como un ojo negro con pestañas de hiedra, donde las blancas flores de los maceteros tienen temblor de lágrimas bajo el nácar del ambiente resplandeciente.

Apenas filtra en el salón claridad que lanza contra el suelo la sombra espesa de las cortinas y agujerea el cristal de un espejo que, allá en el fondo, viste de sosegado brillo azuloso la pujante desnudez de una cazadora que impone tímidamente su blancura en un rincón.

Las barbas caídas en el pecho cual un chorro de agua, frente a la tela montada sobre el caballete en la que empieza a plegar los labios la Gioconda, el anciano Leonardo de Vinci asecha una sonrisa para dar el toque postrero con el rojo que acaba de encender en su pincel. Ambos se encuentran cansados. El maestro realiza esfuerzos por matar el tedio. En vano. Tiene tan bruno el humor que las bromas acogen allí disonancia perezosa, mortificante. Ella se halla fácil a la burla, por donde las palabras del viejo ruedan secas hasta confundirse con los bostezos del lebril echado junto a sus pies, silencioso y en quietud lo mismo que si fuese de barro.

MONNA LISA

Luego, no la encontró?

LEONARDO

Ah!... No, señora. Nunca supo encontrar el pie que calzara aquel zapatín de cristal cuyo taconeó hubiese resonado claramente a carcajada. Aún no estabais vos en el mundo.

MONNA LISA

Pero la historia, si no recuerdo mal, os contradice. Y por sencilla razón de edad es probable que goce de mejor experiencia que vos. Es tan vieja la pobre! Si hasta ha dado en repetir siempre lo mismo!

LEONARDO

Fué sabio en alguna vez dar oído a la historia? El príncipe quiso, sí, calzar a mil y una damas. Mas ellas se negaron, que no todas se atreven a lucir los pies tras la escarcha del cristal. No comprendéis que así aumenta la dificultad de esconder el rumbo que llevan nuestros pasos?

MONNA LISA

Continuáis torciendo la leyenda. Entendía yo que entre ellas se suscitaban riñas en acopio, pues que no hubo una que no se fingiera acreedora de calzarlo. Qué provecho va en ocultar el movimiento de los pies cuando, al cabo, en la tierra los puntos cardinales se reducen a cuatro y, a la corta, unas veces, otras, a la larga, todos nos vemos en el camino?

LEONARDO

No obstante tratamos de jugar al escondite.

MONNA LISA

Para qué!...

LEONARDO

Para entretenernos, acaso.

MONNA LISA

Es una manera, pues, de hacer algo. Nos aburriríamos tanto! Sin embargo, ya nos fastidiará el tal entretenimiento. Entonces llevaremos todos el alma lo mismo que se llevaba el cuerpo en las edades olímpicas, cuando el sol era el único encargado de vestir con sus morenas quemaduras la carne de triunfal vigor.

LEONARDO

La mucha juventud os engaña. Todavía creéis en los hombres. En la generación de los hombres. Sois muy joven. Y yo tan viejo... Es la distancia que separa vuestra sonrisa del rojo que aletea en mi paleta. Yo ni en vuestra sonrisa creo: es mientras ingenua, misteriosa; y me parece impenetrable, al tiempo que me parece un panal roto que destila miel sobre el cual revuela sin ruido, con el aguijón saliente, una avispa transparente y

dorada. No he sabido aprender si sonreís a una esperanza, o, si por vuestra desventura, ocultais un desengaño. Pensemos en la noche, señora, que está llena de luces, y, ya la veis, es cuán oscura...

MONNA LISA

Jamás como vuestra leyenda. Tenéis aún al príncipe con el zapatín en la mano, cosa que no cuadra bien a su estirpe. A quién calzó, en definitiva, el príncipe, aquel zapatín de cristal?

LEONARDO

A nadie.

MONNA LISA

Y siendo así, por qué me tenéis esperándolo?

LEONARDO

Como era de cristal, posiblemente a estas horas se ha roto. Además que vos merecéis lucir los pies desnudos.

MONNA LISA

Merecimiento, amigo mío, que no tomo por exclusivo, y que me explica por qué el zapatín...

LEONARDO

Basta; no tolero que os mezcléis con las otras. El zapatín, os lo acabo de decir, como era de cristal debe de haberse quebrado.

MONNA LISA

Triste fin, mía fe.

LEONARDO

Al quebrarse se haría música.

MONNA LISA

Luego la pobre muchacha, modelada, quizás, para alivio de las almas en pena, se sangraría las plantas en el sendero sin sombra de su vida, al caminar sobre los guijarros...

LEONARDO

Ni más, ni menos. El destino viene de casta de ciegos.

MONNA LISA

Eso cuentan del amor.

LEONARDO

Pero mienten. El amor tan sólo ha sido vendado y ve mejor de lo que suponemos.

MONNA LISA

Sabéis, maestro, que vuestras leyendas antes que halagüeñas resultan brumosas? Poseen la rara virtud de los pájaros enjaulados que cantan alegremente para llenarnos de tristeza.

LEONARDO

Perdonad. Quise alegraros. Sino que cuando no os veo sonreír se empaña todo para mí con aquella helada grisura que asumen los paisajes a través de la lluvia. Reboais de ilusiones, amiga. Y a pesar, no adivino qué melancolía las baña. Esa melancolía es una larga lluvia monótona. Esperemos el iris.

MONNA LISA

Llamad, pues, siete ilusiones de siete colores diversos. Auyentad mi melancolía y sonreiré. Anhele sonreír. Olvidásteis vuestras añejas historias? Las historias que hace cuatro años me sacaban de la vida...

LEONARDO

Por la sazón sonreíais.

MONNA LISA

Puesto que acertábais a abrir en mí grietas por donde se escapaba la risa. Hoy tenéis en olvido vuestras historias antiguas pobladas de rubias princesas con ojos que veían azul, eternamente complacidas de magos que en tocándolas con sus labios ansiosos las ponían a temblar y las encendían como una llama al viento... El bufón remedaba vuestros gestos de entonces.

LEONARDO

Recuerdo una ahora.

MONNA LISA

Que yo ignoro?

LEONARDO

Quizás.

MONNA LISA

Y es...?

LEONARDO

Eran los buenos tiempos en que las hadas venían a la tierra.

MONNA LISA

Y ya no vienen?

LEONARDO

Vinisteis vos y entiendo que sin cortejo.

MONNA LISA

Poco poderosas somos las hadas cuando nos está vedado hasta reducir nuestra propia tristeza.

LEONARDO

Sucede que vos...

MONNA LISA

Mas como yo conozco mi historia referid la de aquellas hadas de los buenos tiempos.

LEONARDO

Allá en un país tan lejano que sólo en el viento se lograba ir hasta él, nació hace luengos años, cuando el sol quemaba más, una niña.

MONNA LISA

Éra un hada la niña?

LEONARDO

No. Éra una mujer, que ya es bastante; no hace falta más... Una nube que se dejaba guiar por cualquier ráfaga. Pues sucedió que la madrina, la dulce madrina que sí era hada, tuvo en antojo enseñar a sus compañeras los ojos de carbón de la niña prontos a levantarse en llama. Y se los sacó...

MONNA LISA

Y la niña no pudo ver en adelante...

LEONARDO

Más le valiera! Venía el hada de regreso trayendo los ojos en que sus compañeras pusieron extraños prodigios. La vieja reina Mab, sin salir del carro de perlas tirado por libélulas que la llevan a los astros, poder para ahuyentar las sombras; Paribanú, fuego para encender las almas; Veriluna, tranquilidad para acrecentar la belleza, como el verano, por ejemplo, que acentúa los crepúsculos; y las siete silenciosas del bosque, que jamás tuvieron voces por encima del rumor de las hojas, la virtud de dormirse durante los instantes felices en un prolongado regocijo, según hacen los mármoles que aprisionan a menudo un vuelo de la gracia y en vez de libertarlo al trotar del tiempo, lo asen con mayor fuerza.

MONNA LISA

Qué feliz!

LEONARDO

Sin embargo la suerte perdió el camino. Próxima a llegar la madrina, sintió que se le quemaban las manos. Temerosa y violenta arrojó los ojos por tierra. Luego hízose imposible encontrarlos. La niña, es natural, creció. Sus carnes enjutas, sin forma por más de quince años fueron hinchándose de tentaciones en el desenvolvimiento armonioso de las líneas que rimaban entre sí con aquella divina redondez de los exámetros en los cantos del otro ciego, del ciego cuyos ojos muertos vieron el fondo de los siglos. Y conforme se llenaron de sangre ansiosa sus venas, desatósele en la cabeza el tropel de las ilusiones sin encontrar, ya lo supondréis, unas pupilas por donde escaparse y salir a mecerse en el viento. Entonces la niña, plañidera y doliente, dióse a rogar que le devolviesen la vista, aunque sin virtudes extraordinarias. Enfurecidas las hadas por semejante desprecio, retiraron los dones que concedieran y condenaron al fuego de aquellos ojos a incendiar y convertir

en cenizas las ilusiones que anidan en la imaginación sin cesar de batir las alas ensayando vuelos imposibles hacia la realidad. Mucho tiempo esperó la niña alcanzar los colores que visten las cosas. Y de la esperanza nació el credo de que un príncipe lejano, tenía que encontrarlos para entregárselos junto con su propio corazón, casa de alegrías.

MONNA LISA

Todas las mujeres esperan así.

LEONARDO

Y a todas suele acontecer lo que a la de mi historia. Un mendigo de los caminos encontró los ojos. Hízose por malas trazas con los arreos principales que debían delatar a un amable prometido del ensueño. Realizó su intento. Rindió a la niña. Pero cuando quedó de nuevo mal cubierto por giros, en pago de su engaño recibió el desprecio. He aquí la historia de la niña que iba a ser feliz. La historia de siempre!

MONNA LISA

Y vos, maestro, la habéis relatado, naturalmente, para alegrarme.

LEONARDO

Para distraeros. Sólo que yo peino canas. Mis manos tiemblan. Y el temor de mis manos aleja de vuestros labios la sonrisa que aletea en el rojo vivo de mi paleta.

MONNA LISA

La sonrisa que sentís en vuestra paleta, en otra hora la tuve yo.

LEONARDO

Con mis labios debí apresarla en los vuestros lo mismo que se prende una mariposa.

MONNA LISA

Debiérais mediros, que estáis dando justa razón al rumor volandero que anda con mi fama. La mía y la limpia fama de Micer di Giocondo.

LEONARDO

A mi edad, señora, las audacias de un hombre resultan inofensivas. Son dardos embotados. Más ofensiva es la sonrisa que se desprende ahora de vuestra boca, enigmática siempre, pero transparentando la burla mezclada con la piedad.

MONNA LISA

Copiad entonces esa sonrisa.

LEONARDO

Tánto me duele que habría de copiarla con sangre del corazón.

II

Repentinamente penetra un niño con las guejeras des-lifadas, la cara sucia, asustados los ojos y el pecho jadeante. Está cubierto de astrosos harapos que permiten ver, a parches, insinuaciones de una fuerte musculatura. Su voz, en rehilo tiene, no obstante, decisión categórica. Mira hacia todos lados, y poco a poco va calmándose.

EL NIÑO

Salvadme!

LEONARDO

Qué sucede?

MONNA LISA

Quién te persigue?

EL NIÑO

Los alguaciles. Me persiguen porque rompí con una piedra el pie de una estatua del palacio del Duque Cosme. Amparadme!

MONNA LISA

Pierde tus temores. Estás en mi casa.

LEONARDO

Cuál es tu nombre, rapaz? Dímelo sin mirarme de esa suerte altanera que bien pudiéramos creer que nos estás protegiendo.

EL NIÑO

Mi nombre? Benvenuto.

LEONARDO

Y el de tu padre?

BENVENUTO

Giovanni Cellini.

MONNA LISA

El músico?

BENVENUTO

Sí...!

LEONARDO

Tú eres aquel niño de quien repiten las gentes que cuando tocas, conviertes tu flauta en una jaula de pájaros?

BENVENUTO

Las gentes nada saben. Mi hermano y yo aprendimos los secretos que mi padre recibiera de un vagabundo de Bizancio. Pedro se escapó para engrosar los tercios del bastardo Médicis. Yo hubiera ido a acompañarlo. Pero me juzgaron inútil por pequeño. Mejor. Allí hay que hacer lo que otros mandan.

MONNA LISA

Según eso, has seguido en tu oficio.

BENVENUTO

Nó. Mi padre me castiga porque me cree perezoso. No soy perezoso. Solamente que, como hallo incompleta la música, me cansa. Nunca alcanzo a interpretar mis anhelos.

MONNA LISA

Incompleta la música!

LEONARDO

Le sobra razón.

BENVENUTO

Sí, incompleta. Imaginad, señora, que le quitaran los labios a vuestra sonrisa o las pupilas a vuestro mirar. Así es la música: una mirada sin ojos, una sonrisa sin labios.

LEONARDO

Aprende a pintar.

MONNA LISA

Pintarás sonrisas en tanto estés

joven, que a cierta edad es cosa menos que imposible.

LEONARDO

Señora, pintar un misterio equivale a romperlo. Nadie se resigna a ser profano. Y tú, niño, por qué no empuñas tu agilidad en la escultura?

BENVENUTO

Porque resulta tan imperfecta como la música. Se me antoja una garganta sin voz, un seno sin leche. Yo quisiera resumir en un pedazo de piedra la musculatura de un dios bárbaro y sangriento, encendido en colores de pasión, que cantase con ligereza de trino versos que perduran en el tiempo con la firmeza sintosa de una montaña.

LEONARDO

Eres un niño más sabio que lossabios!

BENVENUTO

He aprendido tanto en las tabernas...

MONNA LISA

Tú frecuentas las tabernas?

BENVENUTO

No os extrañe. Un vecino mío es hijo de un tabernero establecido del otro lado del Arno. Siempre que mi padre me azota porque me niego a tocar flauta, me refugio en la taberna.

MONNA LISA

Jamás pierdes tu pereza de tocar?

BENVENUTO

En algunas ocasiones toco.

LEONARDO

Quieres hacerlo ahora?

BENVENUTO

No traigo mi flauta.

MONNA LISA

Aquí hay una.

LEONARDO

Que la traigan.

MONNA LISA

Stello! Stello!

Aparece el paje, todo rosa hasta los pies.

STELLO

A vuestro servicio.

MONNA LISA

Traed la flauta.

El paje se marcha silencioso.

BENVENUTO

Ese paje es una copia de vuestra beldad, señora. La sonrisa de la tela que pinta el maestro es más de él que vuestra.

LEONARDO

No desmiente la cepa.

MONNA LISA

Cuentan que es mi hermano.

LEONARDO

Es un paje que sabe madrigales y en los ratos de ocio fabrica con la seda que halla en la rueca, prisiones para encerrar moscas. Además, tiene una historia romántica que nadie se atreve a repetir en voz alta.

El paje retorna ceremonioso.

STELLO

En qué más he de servirlos?

MONNA LISA

Por ahora en nada.

LEONARDO

Qué vas a tocar, Benvenuto?

MONNA LISA

Sabes una plegaria que compuso hace poco tu padre?

BENVENUTO

No he podido aprenderla. Yo sólo sé interpretar el sentido de lo que veo. Queréis que saque de mi flauta este crepúsculo?

MONNA LISA

Abre, Stello, la ventana y que entre la primavera.

El paje obedece. Hay una lenta fuga de sombras. Los hilos de luz que acaban de entrar parecen colgarse de la flauta que el niño toca. Todos están suspensos. Brusca y fuerte, sin soltar el pincel de la mano, interrumpe el viejo,

LEONARDO

Oíd, señora, el único cuento de hadas: la vida. La vida que asalta vuestro palacio por el agujero de una flauta. Paso a la primavera que trae la vida.

MONNA LISA

Leonardo!

Ella sonríe. Y en un estremecimiento casi involuntario, el anciano pintor traza un rasgo en la boca del retrato.

LEONARDO

La vida es el único cuento de hadas que os hace sonreír.

BENVENUTO

La pincelada que acabáis de dar os conduce a la inmortalidad, maestro!

MONNA LISA

Maestro!

Y él se vuelve hacia la tela.

LEONARDO

Ahora, señora, seguid sonriendo a la vida.

MONNA LISA

Leonardo!

Volviéndose hacia ella,

LEONARDO

Y sonreíd a este viejo que está tan cerca de la muerte!

francisco Soler

NOTA.—Este pasatiempo pertenece al libro inédito que lleva por nombre *Bronces de Antazo*, el cual contiene, además, los siguientes: *La venganza de Afimí Pinson*, *Así jugaba el Cardenal*, *Razones del hermano Mosca*, *Los ojos de la estatua*, *Una lágrima de Ninon*, *El abanico de madame Pompadour*, *Canción olvidada* y *Una inocentada de las Meninas*.

EL ATAQUE DE LA FLOTA ANGLO-FRANCESA A LOS DARDANELOS



LOS DARDANELOS A VISTA DE PÁJARO

Vista panorámica del estrecho con los fuertes ya destruidos por la flota anglo-francesa y fuertes interiores próximos a ser atacados

LA GUERRA EUROPEA



BUQUE DE GUERRA INGLÉS TORPEDEADO POR UN S'UBMARINO ALEMÁN

Páginas selectas

Si yo fuese un Dios...

Hay un librito alemán que se titula: *Notas para añadir al libro de la vida*, y está suscrito por Gerhard d'Amyn-tor; libro harto verdadero y por consiguiente asaz triste. En él se describe la ordinaria condición de las mujeres. «En las cotidianas faenas es donde la madre de familia pierde su frescura y su fuerza y se consume hasta la médula de los huesos. El eterno retorno de esta pregunta: «¿Qué comida haré «hoy?», la permanente necesidad de barrer el piso, de sacudir los muebles, de cepillar la ropa, de limpiar las paredes, todo esto es la gota de agua cuya incesante caída acaba por horadar, lenta, seguramente, lo mismo el espíritu que el cuerpo más duro. Ante el hornillo de la cocina se transforma, por magia vulgar, la criatura blanca y sonrosada, de risa cristalina, en momia negra y dolorosa. En el prosaico altar donde humea el puchero son sacrificadas juventud, libertad, belleza, alegría». Así se expresa, sobre poco más o menos, Gerhard d'Amyn-tor.

Tal es la suerte, efectivamente, de casi todas las mujeres. La existencia es tan dura para ellas como para el hombre. Y si inquirimos hoy por qué es tan penosa, se reconocerá que no puede ser de otro modo en un planeta donde son raras las cosas indispensables a la vida, de producción difícil o de laboriosa extracción. Causas tan profundas y que dependen de la figura misma de la tierra, de su constitución, de su flora y de su fauna, son desgraciadamente duraderas y necesarias. El trabajo, por mucha equidad con que esté repartido, pesará siempre sobre la mayoría de los hombres y de las mujeres, y muy pocos de ellos tendrán la dicha de cultivar su belleza e inteligencia en condiciones estéticas. ¿Y cuál es la suerte del amor? El hambre es su

gran enemigo. Y es un hecho incontestable que las mujeres tienen hambre. Es probable que en el siglo XX, lo mismo que en el XIX, las mujeres tengan que cuidar de la cocina, a menos de que el socialismo no rescite la edad en que los cazadores devoraban a sus presas todavía palpitantes o en que Venus unía a los amantes en las selvas umbrías. Entonces era libre la mujer. Quiero decir una cosa: Si yo hubiese creado al hombre y a la mujer, los hubiera formado con arreglo a un tipo muy diferente del que ha prevalecido, y que es el de los mamíferos superiores. Hubiese hecho hombres y mujeres, no a semejanza de grandes monos, como en efecto son, sino a imagen de los insectos que, después de haber vivido en estado de larvas, se transforman en mariposas y no tienen otro cuidado hasta el término de la vida que amar y ser bellos. Hubiese puesto la juventud al término de la existencia humana. Insectos hay que en su postrer metamorfosis tienen hermosas alas y carecen de estómago. Sólo renacen bajo esta depurada forma para amar una hora y luego morir.

Si yo fuese un dios, o más bien un demiurgo—pues la filosofía alejandrina nos enseña que estos mínimos trabajos son de la competencia del demiurgo o simplemente de cualquier demonio constructor;—si yo fuese, pues, demiurgo o demonio, hubiese tomado esos insectos para modelo del hombre. Hubiese deseado que, como ellos, el hombre realizase al principio, en el estado de larva, los trabajos desagradables que han de proveer a su subsistencia. En esta fase no habría sexos, y el hambre no envilecería el amor. Luego hubiese hecho de suerte que, en una transformaci6n final, el

hombre y la mujer, desplegando rutilantes alas, vivieran del rocío y del amor y exhalasen el alma en un beso. Así hubiese dado el amor como premio y coronamiento a sus mortales existencias. Esto hubiese sido preferible. Pero yo no he creado el mundo,

y el demiurgo que de él se encargó, no quiso aconsejarse de mí. Me figuro, dicho sea entre nosotros, que debió pedir consejo a los filósofos y hombres de talento.

Anatole France

El misterio

Señorita: usted que va a casarse, procure tener siempre en su alma un lugar de misterio.

Es un consejo excelente, cuya importancia aparece con tanta mayor notoriedad cuanto más vamos cerciorándonos del inmenso influjo—bondadoso casi siempre—de la imaginación y la superchería en nuestro horizonte sentimental. La llanura aburre pronto, porque se conoce en seguida; es el fastidio de las calles rectas. Así el humano espíritu, cuando no guarda altibajos, ni vericuetos, ni nada que palpita fuera de la gran luz noble e ingénua de la sinceridad, cansa. Como los paisajes, las almas para divertirnos, han de ser montañosas.

Nadie debe olvidar este culto al misterio, y menos los enamorados. Para ser interesantes siempre, necesitamos llevar dentro de nosotros, a modo de amuleto, una sombra, un ligero enigma, donde la curiosidad de la persona que amamos y nos ame, coloque, para bien de los dos, un «por qué».

Tal vez los maliciosos atisben en este consejo un peligro, una especie de mirador orientado hacia el huerto donde florecen las rosas prohibidas y crueles. Harán mal. Ese rinconcito sagrado no necesita ocultar nada grave, y mucho menos una traición; aunque esté vacío, no importa. Habíamos de saber que lo estaba y seguiría intrigándonos. Al enigma, para perdurar y devorarnos, le bastan su obscuridad y su silencio, y de él se desprende un aroma extraño, ponzoñoso, que exaspera nuestros nervios.

Alfonso Karr escribió una novelita algo extravagante quizás, pero cuya matriz, bien vista por el autor de *Bajo los tilos*, acude en favor y apoyo de mi teoría. A trozos largos y no muy seguros, pues de mi memoria se borran ya muchos detalles, referiré el argumento.

La acción se desarrolla en el campo. Un caballero rico y sentimental, oye cantar a una mujer allá lejos, en la huerta. Al principio no la escucha, pero súbitamente la tonadilla le interesa y empieza a seguirla con una inquietud creciente, que remueve todo su ser. Su emoción es tan fuerte que una a una, las notas van clavándose y como esculpiéndose en su corazón. De pronto, la cantora calla y la tonadilla bruja queda interrumpida. ¿Cómo termina? ¿Cuál es su desenlace?... El está cierto de que a la canción, para concluir, sólo le faltaba una nota. ¿Pero qué nota milagrosa era aquella?... ¿Sería un «mi»?... ¿Acaso un «do»?... ¿Un «la»?...

El pobre caballero, rico y sentimental, pregunta inútilmente a sus amigos por una melodía que nadie conoce. Y él, muy triste, enamorado de ella como hubiera podido enamorarse de la mujer de un cuadro antiguo, sigue tarareándola. Es una mocedad, el perfume de los años buenos, cada vez más distantes... ¡Y siempre el mismo deseo, la misma comezón de averiguar la nota final, la nota nunca oída...!

¡Ah! Vosotros los que sentisteis alguna vez la curiosidad vesánica, frenética, de saber cómo serían las manos

de la Venus de Milo, comprenderéis bien las torturas del personaje de Alfonso Karr.

En el capítulo último, cuando ya el protagonista de la novela va a morir, oye cantar, semejante a un blando *ritornello* de juventud, la tonadilla famosa. Bajo la riente luminosidad de la mañana vernal, la melodía desgrana lentamente sus notas, que el moribundo escucha con una emoción que sería toda deleite si no fuese también toda ansiedad. Ya el desenlace se acerca; ya sólo faltan dos compases... uno...; y, al cabo, la nota postrera vibra.. Era un «fa sostenido...»

Algo así, un misterio igual, debe tener cada espíritu con respecto a los espíritus de quien pretenda ser querido.

Hombres: si visteis que vuestra compañera rompía un papel, aunque ese papel estuviese en blanco... Y vosotras, mujeres, cuando advertisteis que vuestro marido o vuestro amado, bruscamente se quedaba triste...

¿Qué pasó por vuestra alma? ¿No fué como un dolor? Y, en aquel instante en que vuestra alma tropezó con un misterio, ¿no sentisteis que, de pronto, amabais más?...

Eduardo Zamacois

Del buen hablar y escribir bien

Miscelánea periodística

En todos los países de la tierra, en todas las poblaciones del mundo, desde las populosas y bellas capitales, a los humildes villorios ocultos en los repliegues de las montañas, los naturales del país y los nacidos en la ciudad, villa o pueblo están orgullosos de tener y poseer el más bello sol, el agua más pura, el más hermoso alumbrado y el lenguaje más castizo, aunque el primero esté continuamente velado por las nubes, la segunda sea un sarcófago de sapos y culebras, el tercero una colección de infames candiles con pretensiones de focos eléctricos, y el cuarto una mescolanza incivil de barbarismos, neologismos, provincialismos y palabras antiguas, ensartadas sin ton ni son, en vocablos y frases de gusto pésimo y construcciones indefinibles.

Este fenómeno que he observado en todos los lugares, puede ser efecto de amor al terruño... y también de fatuidad y necia presunción.

Como periodista, aunque lo sea de última clase, y literato, a pesar de serlo de ínfima calidad, olvido generosamente lo del sol, el agua y la luz, para fijarme en lo del lenguaje... y he

de confesar con ingenua franqueza, que donde he encontrado siempre más evidentes pruebas de ignorancia gramatical, es en los periodistas.

Ya se que mis *competidores* en penas y fatigas se pondrán iracundos, y contestarán con incomparable desenfado, que la rapidez al escribir, y otras tantas causas, que si no existen realmente las inventan para disculpar su ignorancia enciclopédica, les impiden *hacer literatura*...

Bueno; un extremo es redactar monumentos literarios, y otro escribir barbaridades. Pero amigos, hay un justo medio:

Comprendo perfectamente, que las condiciones en que deben redactarse los escritos para insertar en los diarios, especialmente los referentes a información, no son las más adecuadas para que salgan de la pluma filigranas literarias; pero que aparezcan en los títulos, sueltos, gacetillas, y aún en los títulos llamativos, palabras impropias, adjetivos mal aplicados y párrafos que carecen por completo de sentido, no indica rapidez de redacción ni error de pluma, sino ignorancia supina del lenguaje y del arte de escribir.

Y los periodistas deben ser los que pongan más cuidado en pensar lo que escriban y en escribir bien lo que piensan; puesto que ellos son los más directamente encargados de dirigir y encauzar la opinión pública; y también los que más directamente influyen en la cultura y el lenguaje del pueblo, que a causa de su estado económico y social, no ha podido asistir a las escuelas, en su mayoría, a pesar de la enseñanza obligatoria y gratuita.

Podría citar mil ejemplos de mis afirmaciones... mas... para qué? Basta fijar los ojos en cualquier periódico para encontrar disparates a granel; algunos, capaces de avergonzar a un cabo de granaderos de la época del Directorio.

En fin, que estamos mal, muy mal, rematadamente mal en cuanto a literatura periodística se refiera.

Y la cosa no tiene remedio, al menos yo no lo vislumbro ni en sueños; porque es una enfermedad endémica, que tiene su origen en el mercantilismo de las empresas periodísticas, a las que conviene más un tipo ignorante, a quien el título de *repórter* o de *cronista* envanezca de manera que llegue a creerse un importante personaje, y escudado en su llamémosla *sans facon* se meta en todo y por todo sin entender de nada, que un hombre medianamente instruído y educado con relativo esmero, al que su *amor propio* no le permite descender o ciertos terrenos, acometer empresas que considera denigrantes, y realizar actos que pugnan con la educación e instrucción más rudimentarias.

Ya sé que algunos me dirán que las condiciones de los periódicos modernos así lo requieren; que el público exige este modo de ser de los diarios.

No están en lo cierto los que tal afirman.

Ni los periódicos requieren tales o cuales condiciones, por desgracia hoy en día dominantes, ni el público exige nada; las máquinas levantan, y las prensas imprimen lo que se les da; y el público, bueno o malo, traga lo que le sirven.

Hay que tener presente que los periódicos han de encauzar y dirigir al pueblo: y no en determinado sentido, y en beneficio de empresas de cualquier índole que sean, sino en bien del mismo pueblo y teniendo siempre en mira su buen fin político, su desarrollo económico y su progreso social.

Obrar de otro modo, es envenenar el agua de las fuentes públicas en beneficio particular: es desmoralizar una nación por el lucro de unos cuantos centavos.

Esperar que los gobiernos dicten leyes reglamentando el periodismo, o haciendo de él una carrera, se consideraría atentatorio a las libertades de que tanto se blasona: por lo tanto hay que renunciar a ello, y más, al presente, que los gobiernos, para *ser poder*, han de vivir en perpetuo con tubernio con los pueblos, y satisfacer sus caprichos, por locos que sean, y formentar sus ideas por descabelladas que resulten, y hasta terciar con sus vicios y malas costumbres, si no quieren ganarse el epíteto de tiranos y dictatoriales y gobernar con un pie en el estribo por miedo a las revoluciones.

Esperar que las empresas periodísticas cambien su actual medio de acción, es también ilusorio... pura letra muerta... si así les *va bien*... a qué variar de rumbo...?

No nos queda, pues, otra cosa que dejar que rueda la bola... ya que no hay remedio factible, apechugando con los artículos sueltos, gacetillas y títulos llamativos que tengan a bien obsequiarnos... los académicos de redacción, y todo lo más que podemos hacer, en defensa de nuestro buen criterio, es no leer los periódicos, o si los leemos, en momentos de *dolce farniente*, al encontrar alguno de estos, por desgracia tan comunes disparates, sonreirnos lastimosamente recordando aquel viejo refrán castellano, que tantas y tan variadísimas aplicaciones tiene:

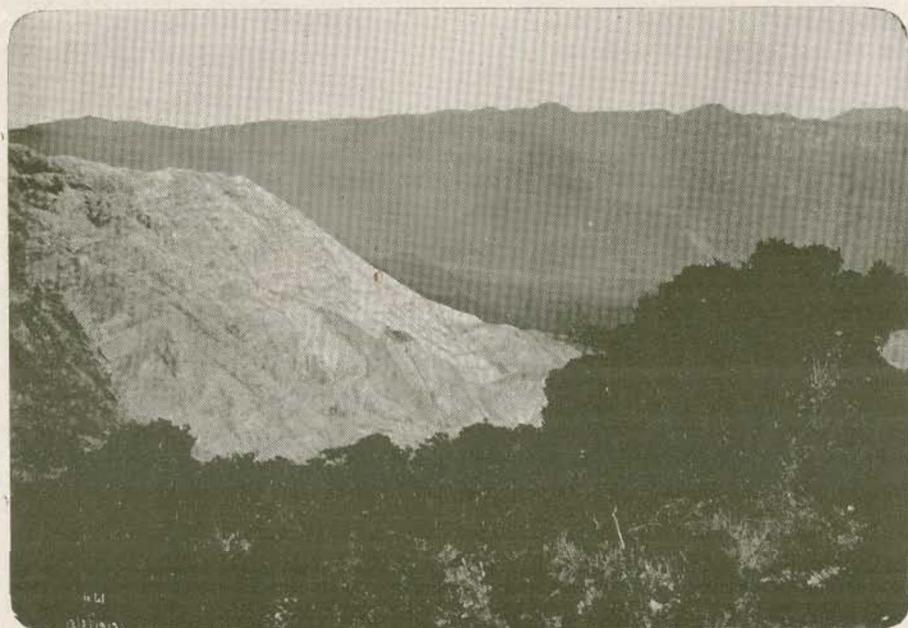
Quod natura non dat, Salmántica non prestat.

Satiricón

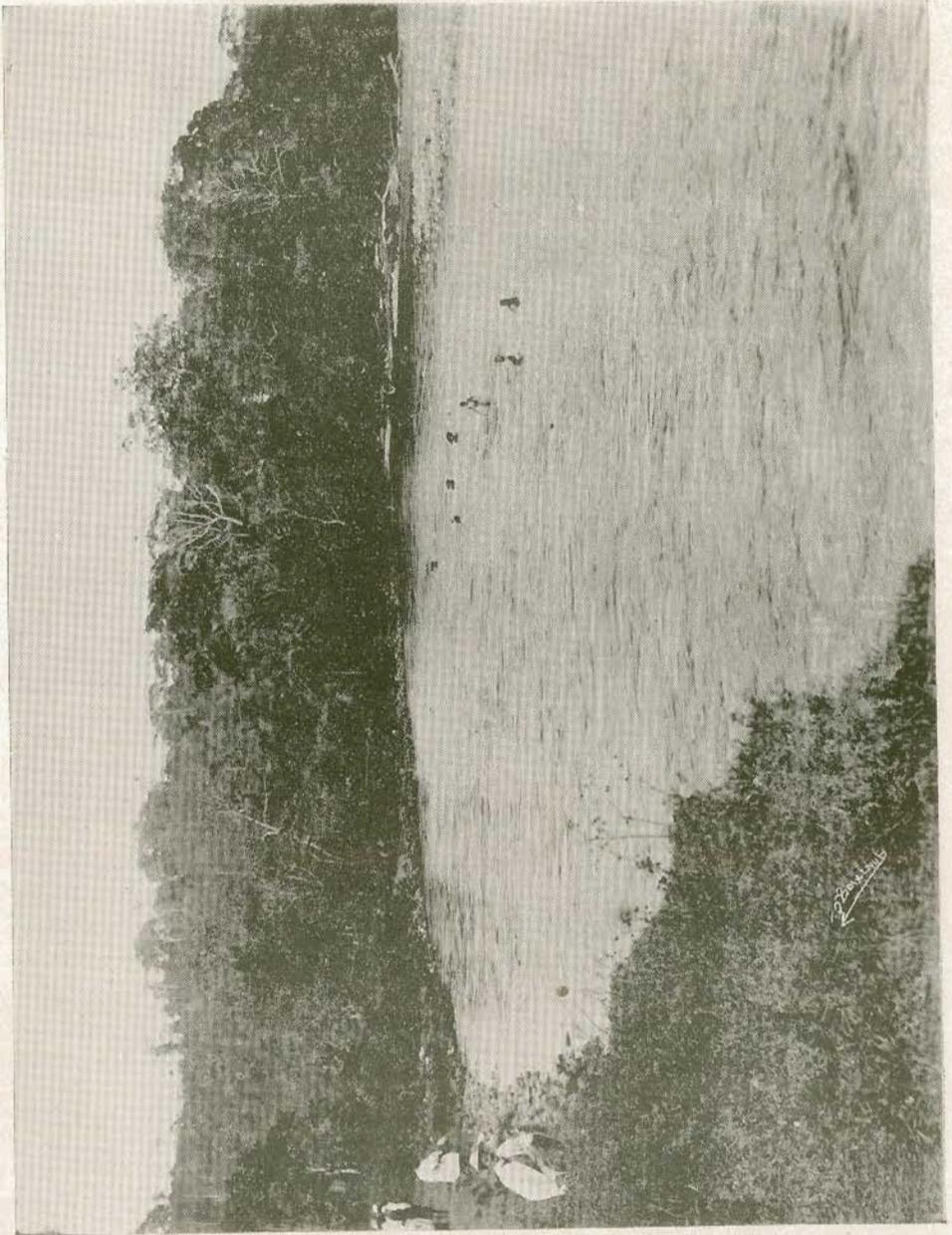
PAISAJES COSTARRICENSES



Recolección forraje en una hacienda



Vista del Volcán Poás, falda del Noroeste



Río Pejivalle, Costa Rica

Sobre la guerra europea

Comentarios

El desarrollo de los hechos, no ha variado desde nuestra última crónica; y al parecer, se verifican tal como los habíamos vaticinado.

La acción principal se dirige actualmente sobre Constantinopla, que según parece, será el teatro de uno de los hechos de guerra más sangrientos que registre la Historia.

Los Dardanelos y el Bósforo serán la tumba de innumerables unidades de combate. Allí quedarán diezmadas las escuadras de una y otra parte, sin que sea posible predecir a quiénes coronará la diosa de la Victoria.

Por lo que se desprende de los cablegramas que llegan aquí, Inglaterra se encuentra con grandes dificultades para llevar a feliz término el reclutamiento de tropas, lo que no deja de ser un gravísimo inconveniente, tanto por disminuir el número de combatientes de los aliados, como por la mala impresión y el descorazonamiento que en el campo anglo-belga francés, produzca el conocimiento del hecho: cuya noticia, al saberse en el campo alemán, ha de producir forzosamente el efecto contrario.

No creemos por de momento, que tengan fundamento alguno, los rumores de conferencias preliminares de paz, de que han venido hablando los cables: y nos fundamos para ello, en que hasta el presente, no ha habido una acción, ni hecho alguno de efecto decisivo.

Estamos convencidos de que a pesar de las buenas intenciones del Papa, y de la aparente intervención pacifista de los Estados Unidos, todos esos preliminares serán letra muerta. Decimos intervención aparente, porque no creemos que en realidad la República Norteamericana desee la paz, puesto que es la única nación que económicamente sale ganando con la guerra.

Una vez ambos ejércitos se han

mantenido en sus posiciones durante el invierno, es lógico suponer que ambas partes desearán desarrollar sus respectivos planes para la primavera; y que las tentativas del tratado, no se iniciarán, y esto según el desarrollo de los hechos, hasta últimos del próximo otoño.

Italia sigue y seguirá manteniéndose neutral, por ser éste el estado más conveniente a sus fines políticos y a sus intereses económicos; por más que por parte de los aliados, se haga todo lo posible para inclinarla a tomar, a su favor, parte activa en la guerra.

El cablegrama procedente de la Prensa Asociada, reproducido por los diarios de Costa Rica no ha muchos días, diciendo que el rey Víctor Manuel tiene 25 millones de dólares invertidos en acciones de la casa Krupp, lo creemos una añagaza para desacreditarlo ante el mundo y especialmente ante su nación, y que tiene por objeto soliviantar a la parte antidinástica del pueblo italiano, y lograr que influya con el gobierno para decidirlo a la intervención armada en favor de los aliados.

Para ello, nos fundamos:

Primeramente, en la fuente de la noticia: Nueva York-París.

En segundo lugar, en que se basa en un rumor procedente de Roma, sin que se diga la procedencia.

En tercero, que se menciona la cantidad en dólares, siendo lógico que se mencionara en liras o en marcos.

En cuarto, en que la suma, aún tratándose de un rey, nos parece exorbitante.

Es de suponer que el buen tino del pueblo italiano y la hábil política del rey Víctor Manuel, lograrán salvar a la nación de toda influencia en este sentido, y conservar la neutralidad que tan provechosa le es actualmente y sin duda alguna, continuará siéndole en el porvenir.

Ensalada cómico-político-social

Un blanco, Williard, le ha pegado a un negro Johson, unos cuantos puñetazos, y lo ha vencido en Habana, ante 20.000 espectadores.

Se han cruzado millones en apuestas, y el cable, se puede decir que durante dos días, no se ocupó de otra cosa que de este *sensacional* asunto.

Uno y otro, no se dedican a más oficio que a ejercitar la fuerza, para dar de puñetazos al que quiera enfrentárseles... y se tienen y son proclamados *campeones mundiales* y les dan una medalla, que ostentan en el prominente y valeroso pecho, como si hubiesen realizado una acción meritoria, o salvado a la patria de un peligro...

Y esto pasa en el siglo xx, en el siglo de los grandes progresos científicos, de los grandes desarrollos comerciales e industriales, en los tiempos en que todos hablamos de humanitarismo!

Oh, sarcasmo de la suerte!... En cambio, dos estimables jóvenes de esmerada educación, pertenecientes a familias acomodadas, dan un espectáculo de boxeo en «La Magnolia»... y todo lo más... comentan el hecho cuatro o seis individuos, y en *loor* del mismo, publican los diarios un suelto de ocho o diez líneas...

Seamos justos!

* * *

La velada organizada por el «Centre Catalá» el domingo 11 del corriente, resultó espléndida. Con la colaboración de la distinguida artista señora de Santigosa, el grupo de socios aficionados llevó a escena el altísimo drama de Dicenta, «Juan José», que fue interpretado de un modo verdaderamente extraordinario.

Concluida la representación, dió principio el baile con que además se obsequiaba a los invitados.

El «Centre Catalá» es digno del me-

jor estímulo por el brillante resultado de estas fiestas, verdaderamente culturales, y a las cuales ha dedicado siempre buena parte de sus fecundas energías.

* * *

Figaro aparecerá de nuevo el 25 del presente mes, bajo la dirección de la señorita Angela Acuña y de nuestro distinguido y buen amigo el notable escritor Albertazzi Avendaño, quien publica en la presente edición de PANDEMONIUM un hermoso artículo que avalora sus capacidades.

* * *

Compañía en el Variedades, compañía en el Moderno, compañía en el Roig, compañía en perspectiva en el Nacional; y para colmo, se ha inaugurado un bonito saloncito para exhibición de películas y espectáculos de varietés, que tiene por nombre «Salón de Actualidades»; y se está terminando la construcción de otro teatrillo junto al Mercado...

Esto es el acabóse!

Apenas si tenemos para comer frijoles y arroz y con una tentación en cada calle!...

Aconsejamos al Monte Nacional de Piedad que ensanche sus dominios, o establezca sucursales.

Hará negocio!

* * *

Un amigo nuestro, al comentar el desagradable incidente que puso en peligro la vida del señor Presidente de la República y sus acompañantes a la visita a Talamanca, nos decía:

—Qué lástima, que no formara parte de la excursión el señor Ministro de Hacienda!...

—¿Por qué?—le preguntamos.

—Natural! Porque la hacienda pública *hace aguas* y nada hubiera tenido de extraño que el señor Ministro sufriera un remojón.

* *

Ha llegado un andarín argentino. —Caramba! —exclamarán más de cuatro.—Un andarín argentino en estos tiempos en que ni las monedas de cobre se ven por ningún lado; en que andamos tan mal de todo, es uua felicidad! Entre tantos que estamos *varados*, un ser que *anda en plata*? Es casi un milagro!

No alarmarse, señores. se trata de un caminante nacido en la República Argentina y que como todos los individuos de su clase, tendrá mucho de andarín, pero nada de *argentino*.

Hacemos esta aclaración en beneficio del nuevo huésped, para evitarle las molestias a que se exponen los platudos en un país dominado por la crisis económica: y para aviso de los tiradores de sable, a fin de que no esgriman contra él sus armas.

* *

Como en Europa, y antes de tiempo, ha llegado el otoño; un otoño alto, fornido, con luengas barbas entrecanas; un otoño amable, cariñoso, que anda

prodigando sonrisas y saludos paternales y habla en diminutivos coquetos.

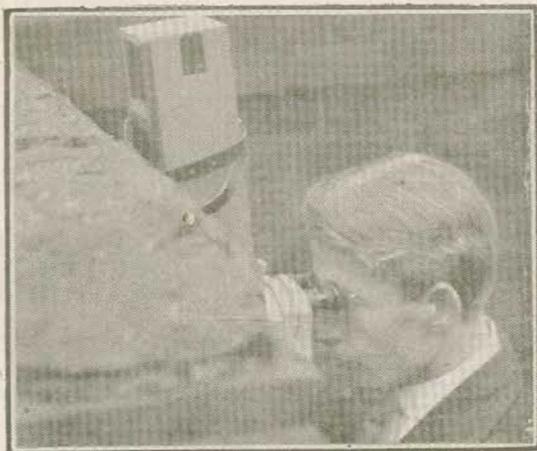
Llegó a Puntarenas en el vapor *San José* y a su arribo a la capital... pum!, ya nos ha espetado la primera *hoja*, que a la cuenta se le cayó en el barco...

Conque, josefinos, prepararse, que van a llover hojas como gotas de agua; las calles van a quedar tapizadas, tanto, que los barrenderos no bastarán a recogerlas y menos, con la próxima campaña político-diputadil que se avvicina...

Ya verán ustedes como ese Tolstoi de hojarasca, que está en el otoño de su vida político-propagandera, nos echa hoy una hoja aquí, mañana otra allí, el otro, otra más allá, pregonando las excelencias de don fulano, don mengano y don zutano, futuros candidatos a *padres de la patria* con giro mensual a cargo del *Tesoro* público.

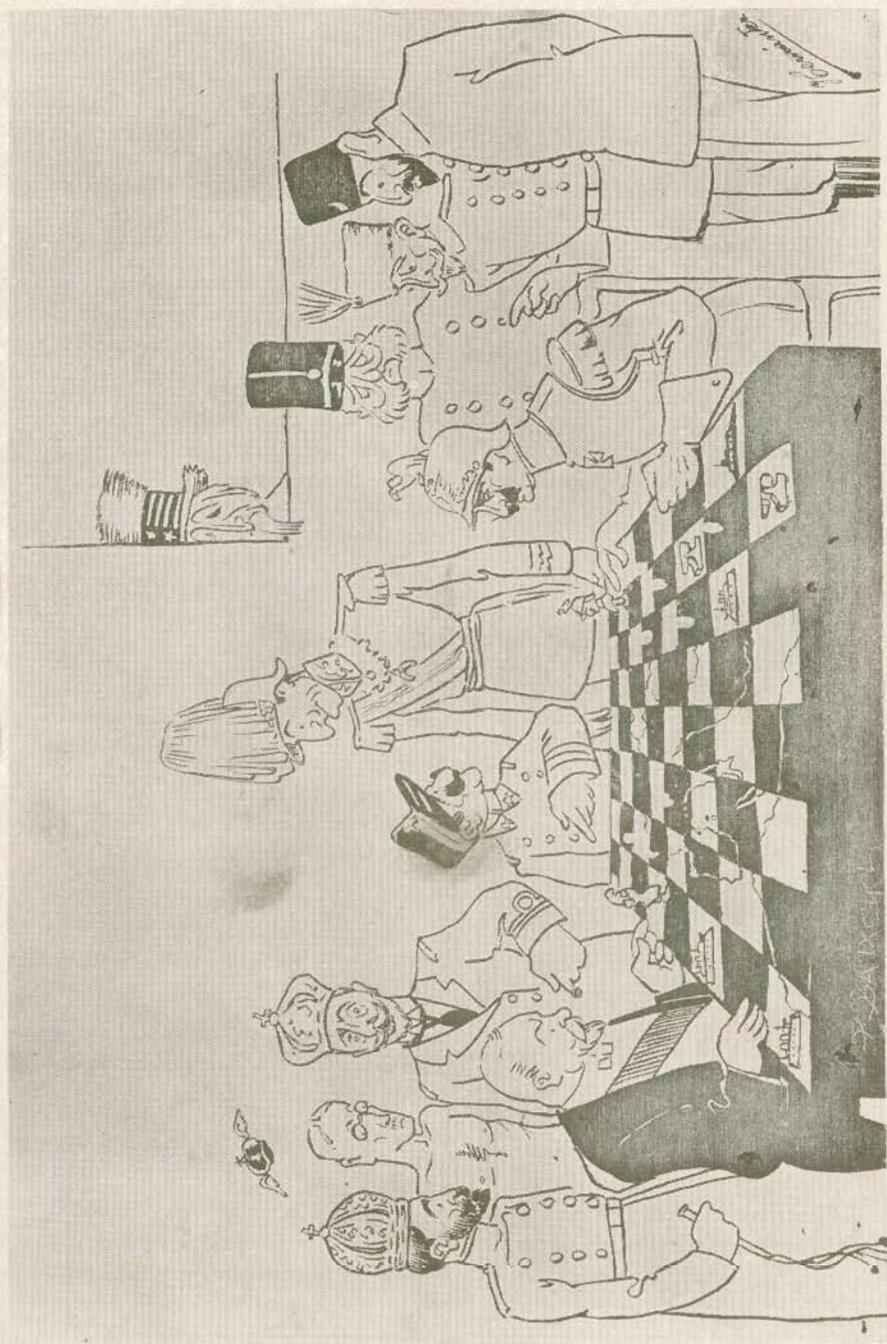
Que no haya un barbero que le corte las barbas! Porque estamos convencidos de que una vez rapada aquella cortina, adios ilusiones politiqueras y celebridad propagandil.

¡Hay tantos hombres que deben lo que son al pelo que se dejan crecer!



PERISCÓPICO EN USO EN LAS TRINCHERAS
DE LOS EJÉRCITOS BELIGERANNES

El uso de este nuevo aparato permite a los combatientes divisar las líneas enemigas sin correr ningún riesgo, puesto que los beligerantes están completamente al abrigo de las trincheras y lo único que sobresale de las mismas es el aparato que de modo tan gráfico muestra esta lámina.



VICTOR MANUEL.—¿Qué te parece, Alfonso, será jaque mate al rey?
ALFONSO.—Ah! pero también peligrá mucho la soberana!
TIO SAM.—¿Y si acabar en tablas?

Cipreses nocturnos

Los cipreses silenciosos
forman una hilera larga
de sombras, bajo la luna,
por la carretera blanca...
Parece una procesión
de encapuchados fantasmas,
camino del cementerio,
en la noche solitaria.

Los cipreses taciturnos
sus largas sombras arrastran,
como crespones de duelo
flotantes a sus espaldas...
Negras banderas que el viento
agita, en sus negras astas,
así parecen sus sombras
negras, en la noche clara...

Los cipreses melancólicos...
¿qué voz misteriosa canta
oculta en la más profunda
obscuridad de sus ramas?
Se ha detenido el Amor,
conmovido, al escucharla...
De noche, cada ciprés,
tiene un ruiseñor por alma...

Los cipreses fastuosos,
bajo la lluvia de plata
de los astros, tienen una
belleza egregia y fantástica...
Diríanse altivos reyes
con sus mantos de parada
y una corona de estrellas
alrededor de sus tiaras.

Cipreses contemplativos
de enigmáticas miradas,

¿qué escrutan en el misterio
de las estrellas lejanas?...
Parecen antiguos sabios,
de alguna ciencia de magia...
Astrólogos de turbantes
y túnicas consteladas.

Los cipreses funerarios,
con la pompa de sus ramas,
son orgullo de la Muerte,
y del camposanto, gala...
Negras sombras vigilantes
del misterio y de la Nada...
Son las lenguas del Silencio.
De la Oscuridad las lámparas...

Los cipreses pensativos
a cuyas sombras se amparan
poetas y enamorados
de tristes almas románticas...
Por una extensa avenida
de cipreses, va mi alma
arrastrando mi pasado:
una larga sombra vana...

Los cipreses pensativos,
los cipreses melancólicos,
los cipreses taciturnos,
los cipreses fastuosos;
cipreses contemplativos,
funerarios, silenciosos...

¡Oh, los cipreses nocturnos,
bajo la lluvia de plata,
van en procesión de sombras
por la carretera blanca...

Goy de Silva

Casos y cosas

LA VIDA DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN PELIGRO. — Durante los días del 31 de marzo al 4 de abril corriente, el señor Presidente de la República, visitó, en viaje de estudio, las vastas regiones de Talamasca.

Acompañaron al Jefe del Estado los señores Ministros de Gobernación y de Relaciones Exteriores, Licenciados don Juan Rafael Arias y don Manuel Castro Quesada, el Magistrado por Costa Rica a la Corte de Justicia Centroamericana Lic. don Nicolás Oreamuno, los señores Diputados González Rucavado, Alfaro, Acosta, Doctor Hernández, Calvo y Castro Rodríguez, los señores Magistrados Johanning y Vargas, el Coronel Miguel A. Robles, Jefe de la Casa Presidencial, el Coronel Emilio González, el Ayudante del señor Presidente Coronel don Claudio Campos, don Luciano Beeche, el Gobernador de Limón don Manuel F. Quesada, los Municipales don Carlos Johanning y don Zenón Bonilla, fotógrafo Mr. Weimer, don José Alberto Castro y el señor Chaverri Matamoros.

El viaje de ida, se hizo con toda felicidad, pero en el de regreso, la vida de los excursionistas se vió en peligro, a causa de un gran temporal que se desarrolló en la costa Atlántica, y que estuvo a punto de hacer zozobrar la lancha «Cristina».

Afortunadamente el lance no pasó del susto consiguiente y el Jefe de la nación, don Alfredo González Flores, y sus acompañantes, regresaron felizmente a San José el día 5 del actual.

Casi todo el elemento oficial y amigos particulares de los excursionistas acudieron a recibirlos a la estación del Atlántico.

PANDEMÓNIUM, al sentir de veras lo sucedido, felicita al señor Presidente de la República y a los acompañantes, por haber salido en bien de un

percance que podía tener fatales consecuencias.

* * *

LA APLAUDIDA CONCERTISTA DE PIANO Y DISTINGUIDA TIPLE MARÍA ENCARNACIÓN MAYORAL SE HA ASENTADO DEL PAÍS —El jueves 1º del actual salió para Puntarenas, donde embarcó el viernes 2, dirigiéndose a Nicaragua, San Salvador, Guatemala y San Francisco de California, la distinguida pianista y aplaudida tiple María Encarnación Mayoral.

Va en busca de nuevo ambiente donde prodigar su arte exquisito, que tanto ha hecho sentir y tanto ha entusiasmado al culto público de Costa Rica.

No dudamos que donde quiera que vaya, el arte de la señorita Mayoral encontrará admiradores y logrará los triunfos que se merece.

Al despedirla, una nube de tristeza pasó por sus hermosos ojos...

—¿Siente marcharse? —le preguntamos.

—Sí;—nos dijo conmovida—aquí se quedan todas mis afecciones y amistades, y donde quiera que vaya, y sea cual fuere la suerte que me reserve el destino, la añoranza de este país embargará para siempre mi corazón... Sírvanse dar en mi nombre, a Costa Rica, un apretón de manos y un beso de despedida.

Cumplimos el encargo.

Vaya en buena hora la aventajada artista y que el éxito más lisonjero corone sus esfuerzos!

* * *

NOTA DE DUELO.—En uno de los primeros días del mes corriente, nuestro particular amigo don Casimiro Suárez, industrial y comerciante español, de muchos años radicado en este país, recibió un cable anunciándole el fallecimiento de su señora madre, la

virtuosa señora doña Nicolasa González viuda de Suárez, acaecido en marzo último en la ciudad de Gijón (Asturias, España).

Acompañamos al buen amigo Suárez en su justo dolor, y le deseamos la conformación necesaria para sobrellevar tan sensible pérdida.

**FOTOGRAFIA
IMPERIO**

HERNANDEZ HNOS.

: CALLE DE LA ESTACION:
: 50 VARAS AL OESTE DEL
: PARQUE DE MORAZAN = :

ULTIMAS
NOVEDADES



LIBRERIA ALSINA

Obras literarias y Novelas de los más célebres autores. — Inmenso surtido de efectos para oficinas y escuelas. — Objetos para regalos.

Avenida de la Estación y Calle 3^a Norte

San José, Costa Rica